

## Camino de Albolote

José María Becerra Hiraldo  
Catedrático de Lengua española

Tiene que estar allí a las ocho de la noche. Le acompaña el rasgar de las ruedas del coche. Recuerda sus bancales, su casa, el Diane 6. No quiere pensar más. Han pasado tantas cosas. El cortijo que ardió de su padre. Los chotos que ha cuidado allá en la Escopeta. Las veces que ha recorrido a pie el camino de Aldeire. Los juegos infantiles en la huerta. Días de robar fruta. Su padre con el ganado. Su madre apañando conservas.

Le toca el pito a la casa de su antiguo compañero de trabajo. Tanto conducir grandes camiones. Horas y horas sentado en el cajón del pan. Recuerda las carreteras de la costa, las de Córdoba, las de Almendralejo, las de Villarrobledo. Aquel muerto que le tocó a él. Los juicios. Las indemnizaciones. Las miradas de los familiares. Todo parece lejano en el tiempo. No llega a los dos años de paro y parece que fue hace mucho tiempo.

El instituto de sus niños. A ver quién mejora las notas de los niños. Su Pedro es una cosa. Ha hecho carrera con beca y con notas. Su Antonia va por buen camino, pero esta niña está saliendo mucho a la edad de catorce años. Las discusiones con su mujer vienen de ahí. Él es un cero a la izquierda en cuestiones de educación. Todo lo llevan ella, el hermano, la suegra, el primo, la tía. El colmo es que le gasten el dinero sin él saberlo. Que le marginen, que le echen de casa como un perro. Tiene que plantarse.

Las banderas se retuercen a su paso. Dos veces se presentó la guardia civil en su casa. No han tenido consideración, han creído a su mujer. No quiere verlos. ¡Qué manera de tratar a la gente! Nunca olvidará la noche del calabozo. Estaban las paredes del calabozo manchadas de sangre. La manta tenía más suciedad que las de la guerra, que las de los cortijos. Dos veces llamó a urgencia con la ansiedad. Vio al médico de guardia. Le dieron una pastilla. La segunda vez le dieron otra pastilla distinta. Que le hagan esto a él que toda su vida la ha dedicado a trabajar, que es incapaz de tocar a una mujer. Juicio rápido. Nunca olvidará los ojos de desprecio de su mujer mirando las esposas, mirando sus ropas de mal acostado. El juez cree lo de los malos tratos. Le condena a catorce meses de alejamiento de la casa.

Cruza la correa de descarga del cargadero de Almería. Sus doce años en la mina de hierro. El aprendizaje. Su buen tino en la conducción de camiones por la corta. El caterpillar con dos conductores con el pitardo. Lo mal que le vino el cierre de la mina. Sus trabajos le dieron una señora casa, de la que ahora está alejado y que da muestras de abandono.

El coche atraviesa, corta La Calahorra. Los mediodías en el bar de Torcuato. Buenos tubos de cerveza en el bar de Fermín. Fardando de coche antiguo, fardando de manitas, de entendido en mecánica. Hay que ver lo que avanza el coche, vuela hacia lo desconocido. A ver por qué no lo colocaron en las placas solares. Van y escogen a un enchufado de La Calahorra. Mira que su hermano abogó en el ayuntamiento de Aldeire para que la alcaldesa intercediera en la empresa. Así se hacen las cosas aquí. Hala, uno joven, sin experiencia en la conducción de camiones, sin saber cómo se amarran los tiros de acero.

Por los terrenos pedregosos de Charches busca las piedras decorativas de su barbacoa. Las coloca con cemento haciendo figuras. Tuvo que decorar también las paredes del jardín de su suegra. El inútil de su cuñado no sabía. No sabe hacer la o con un canuto. Si no mancaja las papas, cómo va a recoger papas. Allí las tiene abandonadas. Él tuvo que contratar una motillo para arar el bancal de la suegra.

Las curvas del tambor anuncian la proximidad de Granada. Los chalés entran por las ventanas del coche. Cada curva le produce un encogimiento del estómago. El momento está llegando. El día está cansado. Algunas parejas vestidas de brillos bajan por las delgadas aceras. Está triste. La pierna le duele. El hombro parece que se le va a abrir. Tuvo necesidad de conseguir dinero. El demonio del Chirles le llevó a Barcelona a hacer un trabajo sucio. No muy sucio. Pero salió mal. Echar a unos ocupas de un chalé de Pedralbes. Eran tres, pero los ocupas tenían escopetas y trancas. Eran tres contra cuatro. Seis mil euros del vellón a repartir. Un tiro en la pierna, un trancazo en el hombro. Para colmo de males la policía estaba allí pero recibió orden de controlar y no participar. Al final, el Chirles, Manolo y él pagaron el pato. No supieron quién los contrató, dónde había que recoger el dinero.

Menos mal que en Albolote el médico es del pueblo, conocido. También están en la cárcel algunos funcionarios paisanos. Con más de uno ha discutido. Él en la calle es bueno. En casa se le ennegrecían las tripas.

Ahí está el edificio. Esa torreta de vigilancia. Las puertas metálicas, los huecos repetidos de las ventanas. Campo encogido. Túnel del tiempo. Aquí se para todo.